

## Apuntes para una crítica gestual

*Por Oscar Tomás Aimar*

-Creo que hay algo falso en Murakami, digo de golpe, después de haber tomado aire, como arrojándome. Como considerando que, puesto en el caso, no podría fundamentar demasiado esta osadía que estoy diciendo.

Ella recibe el impacto, y hace un gesto. Es ese gesto de la cabeza entre afirmativo y dudoso, que se acompaña de una contracción de los labios, afirmación reticente que puede ser una cortesía para conmigo, o también puede querer decir “yo estaba a punto de pensar lo mismo, ahora que lo decís”, o “lamento tener que reconocerlo, pero algo así percibo.” O “yo también lo creo, pero no iba a decirlo.”

Yo me arrepiento inmediatamente de lo dicho, a pesar de su gesto. No tanto por Murakami, sino por ella, que acaba de empezar 1Q84, y ahora va a tener que leer ese largo texto bajo el estigma de mi aventurada afirmación.

Pero, ¿qué quiero decir con la expresión “hay algo falso en Murakami”? No seguramente el aserto ingenuo de que he advertido que los hechos que narra no son “reales”, sino algo más complejo. Algo que tampoco se refiere a la mera “verosimilitud” de esos hechos. “Todo verosímil, pienso, tiene un punto de impostura, y el problema está ahí.”

Pero ella dice, a continuación de su gesto de reticente aprobación, dice: “Yo le he descubierto algunos yeites.” Si el gesto con que respondo a esa afirmación fuera eficaz, debería expresar mi alivio de la culpa de haber signado su lectura de 1Q84, mi complacencia de que ella hubiera llegado por las suyas a una conclusión parecida, mi asombro divertido por su manera de decirlo, y mi interés en su descubrimiento, que puede arrojar alguna luz sobre mis imprecisas impresiones.

“Los yeites, la repetición de fórmulas. ¿Estará ahí la cuestión?”, me pregunto.

¿O será que la impresión de falsedad, leve, que su lectura me causa se vincula más bien con mi conocimiento de su modo de vida, de sus otros intereses, de su obsesión por el físico, de su arribo tardío a la literatura, de su residencia en Hawai, de su éxito masivo de ventas? ¿Será lo mío, en realidad, una impresión “ad hominem”, más que sobre su literatura? ¿Será mi lectura de sus textos tan débil y vulnerable como para no tolerar la presión de esos datos exteriores a los textos mismos?

Todas estas inquisiciones silenciosas deben arrasarme la cara, porque ella me mira ahora con cierta extrañeza, en esta segunda mirada después de su afirmación (“yo le he descubierto algunos yeites”), y debe pensar que mi expresión perpleja se refiere a eso, porque, como para desarrollar su parecer, dice a continuación:

“Creo que sabe muy bien lo que tiene que escribir, para vender como vende“

De manera que ella, que tiene más que perder, porque acaba de empezar a leer 1Q84, ha ido más lejos que yo en el cuestionamiento al autor. Lo que acaba de decir lo califica de best seller, lo incluye en la lista vergonzosa de los que, según Saer, escriben acatando “las leyes de lo que podríamos llamar el mercado persa del relato”.

Entonces me asalta la molesta impresión de que, ya que ella tenía sus reparos y no me lo había dicho, en ese tiempo que va desde la gestación de esos reparos hasta ahora, hubiera estado sometiendo a prueba mi ingenuidad.

Por eso digo, para que mi retrospectiva inocencia no sea tan flagrante, para defender la última ciudadela de mi supuesta idoneidad para opinar sobre el tema ( después de todo yo le presenté a Murakami, después de todo no me va a correr a mí con Saer), digo: “Tampoco es que sea un best seller típico”.

Entonces ella hace otro gesto, poniendo cara de alarma, redondeando la boca en un “no” que no pronuncia, abriendo las manos, como diciendo: “yo no he dicho eso de ninguna manera”.

Yo pienso, sobre todo para salir del fastidio que la ineficacia, la debilidad de mi alegato (“tampoco es que sea un best seller típico”) me provoca, trato de pensar.

Si hay una estética del best seller, expresada y legible en el texto mismo, independiente de los éxitos de venta, si el best seller no es solo una categoría que determina el mercado, sino una estética diferenciada, pensar a Murakami en esos términos no es cómodo.

Hay en sus novelas demasiados elementos tanáticos, ( sanatorios, geriátricos, manicomios, obsesivos, suicidas, adictos, sádicos...) como para responder a las leyes de lo que “podríamos llamar el mercado persa del relato”.

Pero fui yo mismo quién dijo de pronto, como quien se arroja: “me parece que hay algo falso en Murakami”, y tengo que hacerme cargo. Tal vez se trate de la sospechosa, envidiable capacidad para inventar historias, lo que lo vuelve poco confiable para quienes tenemos la obligación de luchar, ante el despiadado silencio de la página en blanco, para conseguir un tema.

O tal vez sea el modo en que sus personajes vuelan sobre esas historias, llevados y traídos en frases funcionales, hasta inerciales, sin ser nunca obstaculizados por una duda, un desplazamiento, un escrúpulo del lenguaje. Quiero decir; sus personajes pueden ser golpeados, desesperados, enfermos, fracasados, suicidas; respecto al lenguaje, sobre el lenguaje en que son narrados, tienen siempre una relación traslúcida, fácil y exitosa.

Eso me parece ahora, pero tal asunto debería ser tema de algunas otras reflexiones, y algunos otros gestos.